

MÍO CID AL SERVICIO Y SEÑOR DE LOS MUSULMANES

Paulina López Pita

UNED

1. INTRODUCCIÓN

El siglo XI, durante el cual se desenvuelve la vida del Cid, coincide en la España Musulmana con la formación de los Reyes de Taifas. Es una época crucial tanto para la trayectoria de la dominación árabe en España como por la evolución de la denominada «Reconquista» cristiana.

Estos momentos fueron los más críticos de toda la historia musulmana de al-Andalus. Dentro del Islam se había derrumbado una política, el califato había desaparecido en 1031, y en su lugar se habían formado los reinos de taifas, sostenidos y más tarde suplantados, en su mayor parte, por los hijos del desierto: Almorávides y Almohades. Al-Andalus pierde definitivamente su autonomía política y económica para ser un «protectorado» del Magreb.

Este periodo es, por tanto, muy complicado y oscuro, pero al mismo tiempo, muy interesante. La historia de las dos partes, musulmana y cristiana, está constantemente mezclada de manera que forma un conjunto inseparable. Por su parte, los estados cristianos aprovechan la situación en que se hallaban los reyes de taifas y van a intervenir en la vida interna de estos reinos con el fin de prolongar su desorden político, y al mismo tiempo, con el fin de empobrecer estos estados por medio de contribuciones y parias a fin de someterlos.

Centrándonos en el tema que nos ocupa debemos referirnos a la taifa de Zaragoza gobernada desde los primeros años de la dominación de los árabes en la Península por los BANŪ QĀSI, familia de origen muladí, cuyo poder político fue frenado por el emir de Córdoba por lo que fueron suplantados por los TUŶĪBĪES (890-1010), que gobernaron bajo el protectorado de Córdoba hasta el año 989, y de forma independiente hasta 1010. Después de siglo y medio, el último tuŷibí dejó paso al gobierno de Sulaymān Ibn Hūd, fundador de la dinastía HŪDI que gobernaría desde 1039 a 1110, año en el que fue derrocada por los Almorávides, y a cuyo servicio trabajó Rodrigo Díaz de Vivar.

Los Banū Hūd, al igual que los Tuŷibíes, mantuvieron con tal vigor el Islam frente a la Cristiandad, que Huesca fue sometida después de Toledo. Incluso Zaragoza no pasó directamente al poder cristiano, sino que lo hizo a través de los ejércitos beréberes; este hecho es destacado por Emilio García Gómez quien al hablar del último rey de la dinastía de los Banū Hūd, le menciona como el «*Boabdil aragonés, que salvando el honor andaluz, no entregó derechamente su feudo a un rey cristiano, como lo hizo el Boabdil nazarí, sino por la mano interpuesta de los beréberes*»¹.

En 1039, SULAYMĀN, el fundador de la dinastía Hūdī, desplazando a los Tuŷibíes, hizo su entrada en Zaragoza, y ese mismo año tomó los títulos de *al-Ḥāyib* y *al-Musta 'in Billāh*, según prueban sus monedas. Su reinado aunque fue corto, estuvo muy bien aprovechado, ya que en muy pocos años reunió las ciudades más importantes de la Marca Superior y sus dependencias. Tuvo cinco hijos y a cada uno de ellos entregó el mando de una provincia: Lérida a Yūsuf al-Muẓaffar; Huesca a Lub̄b; Tudela a Munḍir; Calatayud a Muḥammad y finalmente, a Aḥmad le dio Zaragoza.

Recordemos que por entonces, la situación de la España Cristiana no era mejor que la de al-Andalus. Pues la unidad efímera que había realizado Sancho el Mayor se deshizo después de su muerte, en 1035, al dividirse los territorios por él unificados entre sus hijos, formándose de esta manera otros reinos de taifas cristianas: a Fernando le dio Castilla; a García le correspondió Navarra; a Ramiro le hizo entrega de Aragón; y Gonzalo recibió Sobrarbe y Ribagorza.

¹ Cfr. A. TURK: *El reino de Zaragoza en el siglo XI de Cristo (V. de la Hégira)*, Madrid, 1978.

Aḥmad a quien como hemos dicho le correspondió Zaragoza a la muerte de su padre en 1046. Tomó el título de *ḥāyib*, y más tarde el de *al-Muqtadir billāh*, nombre por el que se le conocerá y con el que le vamos a mencionar. Al-Muqtadir, lleno de ambición, luchó con sus hermanos para unificar su país, especialmente frente a Yūsuf al-Muzaffar que permanecía en Lérida, para frenar sus actividades y neutralizar su autoridad. Hay constancia, según nos cuenta Ibn Ḥayyān, de que a la gente le disgustaba el proceder de al-Muqtadir con sus hermanos, por lo que al-Muzaffar alcanzó tanta popularidad, que incluso quisieron reconocerle como soberano. Estas luchas fratricidas costaron mucho dinero y esfuerzo y, en parte, fueron beneficiosas para los cristianos a quienes unos u otros compraron su ayuda.

2. PRIMEROS CONTACTOS

Parece ser que el Cid se creó enemigos en la corte del rey Alfonso VI debido tanto a sus acciones imprudentes como a la actitud de aquéllos, por lo cual se ganó la desaprobación del rey y fue desterrado en el verano de 1080. Cuando el rey Alfonso VI ordena el destierro de Rodrigo Díaz de Vivar, éste se vio obligado a salir de Castilla y a buscar el «pan» en otras tierras al servicio de otros señores.² Aunque su deseo fue seguir sirviendo a los reyes cristianos, no encontró en Barcelona la acogida que esperaba, ya que sus gobernadores, los condes: Ramón II, llamado «Cabeza de Estopa» y Berenguer II, llamado, posteriormente, el «Fratricida» por el asesinato que en su hermano cometió, no aceptaron sus servicios militares.

El Cid había ido a Barcelona llevado de un exceso de confianza y acaso de vanidad. Probablemente, no sabía que sus hazañas (el combate con el caballero navarro; los sitios de Zaragoza y Zamora o las batallas de Llantada y Golpejera), no eran muy conocidas fuera de Castilla; y los magnates barceloneses debieron de juzgar al desterrado castellano por hombre iluso y presuntuoso, por lo que el Cid sólo encontró en ellos desprecio.

Aunque la *Historia Roderici* no nos habla de lo que sucedió en el transcurso de estas negociaciones, parece ser, a juzgar por los versos recogidos en el

² Véase sobre los posibles destinos del Cid, PEÑA PÉREZ, F.: *El Cid. Historia, Leyenda y Mito*, págs: 100-102.

Poema del Cid, que la actitud de Berenguer y de su sobrino desataron la cólera del Cid, por lo que se apartó, con gran enfado, de la corte de Barcelona³. El motivo por el que el Cid se trasladó al condado catalán, no era otro que el de alejarse de las regiones en las que intervenía Castilla, pues él no quería enfrentarse con el rey que lo había desterrado, sino continuar por su cuenta la política castellana. Y, de esta manera, asociándose con los condes de Barcelona podría someter el reino de Zaragoza que por entonces estaba en poder de los Banū Hūd. No sabía Berenguer que al rechazar la colaboración del desterrado, habría de enfrentarse a él con muy malas consecuencias.

3. EL PRIMER DESTIERRO Y SU ESTANCIA EN ZARAGOZA

Al no ser aceptada su ayuda por los Condes de Barcelona, y ante el desprecio que sufrió, el Cid decidió marchar a la corte taifa de Zaragoza. Recordemos que vivir entre los musulmanes era algo frecuente y habitual para todo desterrado, como sucedió con García de Galicia o Alfonso de León quienes sirvieron a los reyes árabes de Sevilla o de Toledo respectivamente.

El Cid sale de Castilla en la primavera de 1081 con sus mesnadas y numerosos vasallos, quienes cumpliendo con su deber de vasallaje se expatrian con él para ayudarle a vivir fuera de Castilla; en su camino, tomó Alcocer donde se detuvo quince días, durante los cuales llevó a cabo incursiones contra Ateca, Terror, Calatayud, Daroca y Molina de Aragón, entre otras, obteniendo de estos encuentros un importante botín, que, en parte, fue enviado al rey Alfonso VI, pero a pesar de ello no obtuvo su perdón. Luego se dirige a Zaragoza, la ciudad de las fuertes murallas, la famosa «ciudad blanca».

Aunque no existe unanimidad entre los estudiosos, algunos admiten que el Cid había combatido ya en esta ciudad catorce años antes. Ninguna fuente árabe hace referencia al cerco de Zaragoza por el Cid o por su rey Sancho II de Castilla. Sólo la Primera Crónica General, terminada en 1289, y la Crónica del Cid, dicen que el rey Sancho fue a sitiar Zaragoza, sin mencionar a Rodrigo Díaz. Sin embargo Ramón Menéndez Pidal nos dice que el Cid colaboró con el rey Sancho,

³ Estos versos dicen así: «GRANDES TUERTOS ME TIENE MIO CID EL DE VIVAR; DENTRO EN MI CORT TUERTO ME TOVO GRAND, FIRIOM'EL SOBRINO, NOM'LO ENMENDÓ MÁS». Versos 961-963.

basándose en la crónica del siglo xv de Ben Zaddic⁴. El historiador libanés Afif Turk, piensa que fue en 1063 cuando el Cid acompañó al entonces infante Sancho, formando parte de su hueste en su camino a Graus, donde acudieron en ayuda del rey al-Muqtadir que luchaba frente a Ramiro I de Aragón. El Cid, entonces contaba veinte años⁵.

Cuando el Cid llega, de nuevo, a Zaragoza, el rey Al-MUQTADIR (1046-1081) lo recibe con agrado y acepta ponerlo a su servicio militar a cambio de entregarle parias, procedimiento muy usual entre cristianos y musulmanes⁶. Era al-Muqtadir un hombre culto, precisamente de su prenombre «*Abū Ŷafar*», se deriva «al-Ŷa‘fariyya», «ALJAFERÍA», el hermoso palacio que mandó construir a las afueras de la ciudad, en el que vivió rodeado de escritores, poetas y sabios musulmanes y judíos, siendo él mismo un destacado escritor de Filosofía, Astronomía y Matemáticas. Su reinado fue próspero y rico. El propio rey alabó su obra arquitectónica y compuso estos versos: «*¡Oh alcazar de alegría!, ¡oh salón de oro! con vosotros colmé mis anhelos. Si en mi reino sólo a vosotros tuviera, ninguna otra cosa echaría de menos*».

Al-Muqtadir gobernaba, desde 1046, uno de los reinos musulmanes más grandes y prósperos de los que se crearon en la Península en el siglo xi. Era el único reino de al-Andalus que tenía más de la mitad de sus fronteras lindando con los estados cristianos de Cataluña, Aragón, Navarra y Castilla. Su reinado fue uno de los más largos, 36 años, no sólo de la familia de los Banū Hūd, sino de los demás reyes de taifas. Durante este tiempo, siempre había contado para sus empresas con soldados cristianos o había estado sometido a algún príncipe cristiano, por lo que el servicio que ahora le ofrecía el Cid lo consideraba sumamente beneficioso pues le evitaría tener que depender de otro rey cristiano para llevar a cabo nuevas empresas; además, consideraba a este guerrero excepcional, pues conocía sus buenas cualidades por el tiempo que le vio combatir en Zaragoza, junto al rey Sancho el Fuerte.

Pocos meses después de la llegada del Rodrigo Díaz de Vivar a Zaragoza, y después de treinta y seis años de reinado moría, en octubre de 1081, el rey al-Muqtadir. Las fuentes árabes no están de acuerdo en fijar la fecha de su muerte

⁴ Cfr: A. TURK, op. cit. Pág: 103.

⁵ Cfr: A. TURK, op. cit. pág: 83.

⁶ Cfr. M^o J.: VIGUERA: *Aragón musulmán*. Zaragoza, 1981, págs: 160-161.

ni tampoco en la causa que la produjo. Ibn al-Jaṭīb dice que murió a causa de las mordeduras de un perro; por otra parte, Ibn ‘Idari dice «que Dios lo afligió en su cuerpo con una enfermedad, que le hizo perder la razón y la inteligencia, y murió ladrando como los perros, porque había mandado matar a un hombre piadoso que fue a amonestarle por los muchos impuestos que ponía en su país».

Antes de morir, al-Muqtadir, siguiendo la «mala costumbre de aquel siglo», dividió su reino, que tan laboriosamente había unificado, entre sus dos hijos: Yūsuf y Mundir, de la misma manera que se hacía en los reinos cristianos⁷. A su hijo mayor, Yūsuf al-Mu’tamin, entregó Zaragoza y la parte occidental del reino, mientras que al-Mundir le correspondió Denia, Tortosa y la región de Levante. Parece ser que al-Muqtadir se vio obligado a hacer esta división del reino, motivado por la divergencia de caracteres de ambos hermanos, según lo describe el rey ‘Abd Allāh en sus «Memorias», donde dice acerca de Yūsuf que *era un hombre ascético, sabio y amante de los libros*», mientras que al-Mundir, tenía un carácter *irritable y violento*. Al parecer Yūsuf pidió a su hermano Mundir que estaba en Lérida que le reconociera como el nuevo monarca de todo el reino y le obedeciera, pero según nos cuenta el rey ‘Abd Allāh, Mundir no quiso reconocerle, ni someterse, ni siquiera considerarlo su igual, pues estaba seguro de la fidelidad de sus tropas, debido a la generosidad que él mostraba hacia ellos.

AL-MU’TAMIN, que heredó el reino de Zaragoza de su padre, mantuvo al Cid en su servicio, de la misma forma que lo estableció su antecesor, colocándole al frente de su gobierno y convirtiéndole en su principal consejero, así lo recoge la *Historia Roderici* :

Al-Mutamín tenía mucho aprecio a Rodrigo y lo ensalzó y lo ennobleció por todo su reino y todos sus territorios, confiando en su consejo en todos los aspectos.

Ya que para él, según refiere la *Historia Roderici*, era el «protector» de su reino, por lo que no le importaba entregárselo al castellano; para al-Mu’tamin era de suma importancia la valía personal del guerrero por sí sólo y como tal, valora al Cid; esta idea guarda relación con lo manifestado por el *Tortosí*, contemporáneo del Campeador, quien afirmaba que la fuerza del Estado radicaba en las tropas que recibían soldada mensual; creían que la victoria se debía a los pocos

⁷ En 1065 moría Fernando I y el reino se dividió entre sus hijos: Sancho II (Castilla); Alfonso (León); García (Galicia).

caballeros famosos por su bravura. Pensamiento contrario al expuesto por Ibn Jaldún en el siglo XIV que pensaba que en España se había perdido todo su espíritu nacional, y los reyes se confiaban a tropas extranjeras⁸.

Al-Mu'tamin era un erudito, sabio y matemático y, al igual que su padre, escritor de filosofía; estaba asimismo muy inclinado a ideas y costumbres ascéticas, le gustaba hablar sobre la brevedad de la vida, la pobreza y estrechez de la tumba ... Mu'tamin encontró en el Cid a su más fiel consejero, en él puso toda su confianza situándole al frente de todas las cosas del gobierno, y considerándole el verdadero «*protector*» de su reino, no sintió ningún escrúpulo en entregarle el gobierno del mismo.

Una de las primeras actuaciones militares del Cid al servicio del rey de Zaragoza, tuvo lugar cuando se produjo el enfrentamiento de este monarca con su hermano Mundir, que ejercía como *Hāyib*, a quien su padre, Al-Muqtadir, dejó Lérida, Tortosa y Dénia; y contaba con las alianzas de Berenguer, conde de Barcelona y del rey de Navarra y Aragón, Sancho Ramírez, quienes deseaban poner fin a los éxitos del Campeador.

Existe una buena información sobre las operaciones militares que tuvieron lugar durante el verano de 1082. El Cid desde Peralta de Alcofea, donde había instalado sus tiendas, tomó el castillo de *Monzón*, de gran importancia estratégica, sin encontrar ninguna resistencia; luego, confiado en sí, avanzó aún más hacia el Este y ocupó *Tamarite*, en cuyas proximidades hubo de enfrentarse, por sorpresa, cuando iba con muy pocos hombres, con un número elevado de enemigos; no obstante, les hizo huir a todos y retuvo a siete de ellos con sus caballos, pero el Cid, que siempre dio pruebas de generosidad, les dejó marchar ante sus peticiones de clemencia.

Continuando su ofensiva, Al-Mu'tamin y el Cid se adentraron por tierras de Lérida, y reedificaron y abastecieron el antiguo castillo de *Almenar*, (situado más o menos a 20 km. de Lérida) que fue sitiado, poco después, por el rey de Lérida quien recibió la ayuda de Berenguer, conde de Barcelona; de Guillermo, conde de Cerdeña y del conde de Urgel. Casi todos los condados catalanes, salvo el de Pallars, acudieron en ayuda de Al-*Hāyib*.

El Cid, que se hallaba en *Escarp*, situado en la confluencia del Segre y el Cinca, cuyo pueblo y castillo acababa de ganar, enterado de lo sucedido y del

⁸ Cfr: R. Menéndez Pidal: *La España del Cid*, Madrid, 1969, pág: 285.

estado en que se encontraban las gentes de Almenar, acudió rápidamente a socorrerlas, al igual que desde Zaragoza lo hizo el rey al-Mu'tamin.

Aunque la idea del rey musulmán era atacar a los sitiadores, siguió el consejo del Cid que pensaba era más conveniente llegar a un acuerdo mediante el pago de un censo por el castillo; pero los sitiadores despreciaron esta propuesta pues estaban seguros de que podrían recobrar Almenar. El Cid y su señor lucharon contra los ejércitos de Mundir y de sus aliados, sobre los que obtuvieron una gran victoria, siendo, incluso, apresado el conde de Barcelona y algunos de sus hombres que fueron conducidos por el Cid al castillo de Tamarite; a pesar de todo, al cabo de unos días, el monarca les dejó libres para que regresasen a su tierra.

El poema latino *Carmen Campi Doctoris*, que probablemente, piensa Fletcher, se compuso después de la batalla de Almenar⁹, describe con detalle el armamento que el Cid portaba en esta batalla, pudiéndose equiparar con las que llevaban Paris y Héctor en la guerra de Troya: *él, el primero de todos, viste su inmejorable loriga; ciñe sobre ella la espada, damasquinada en oro, de mano maestra; toma la lanza de fresno con fuerte hierro; ajusta sobre su cabeza el yelmo fulgente, chapeado de plata y ornado en derredor con una roja diadema de electro; toma en el brazo izquierdo el escudo; todo estaba labrado con oro, y tenía en medio pintado un dragón en fiera actitud; después monta sobre su caballo, que un sarraceno había traído del África; no lo daría por mil sueldos, pues corre más que el viento y salta mejor que un venado*¹⁰.

Esta gran victoria motivó que a su regreso a Zaragoza, el Cid fuese recibido solemnemente, como solía hacerse a los vencedores, por la población allí congregada, de tal forma que parecía el «señor» de aquel reino, y así lo refiere la *Historia Roderici*: «*quasi dominator totius regni*». El rey al-Mu'tamin en agradecimiento a los servicios que el Cid y sus mesnadas le habían prestado, le hizo entrega de importantes donaciones y numerosos regalos de orfebrería y plata, pues el servicio realizado por el Cid era de enorme importancia para el rey musulmán, ya que nadie hasta el momento le había servido de tal manera. El Cid con sus hombres ejercían como afirma Ramón Menéndez Pidal, un «verdadero pro-

⁹ Fletcher opina que este poema fue escrito por un monje del monasterio de Ripoll con el deseo de celebrar la humillación de Berenguer quien se hallaba enemistado con su hermano Ramón Berenguer II, en cuyo poder estaba, por entonces, el monasterio de Ripoll...op. cit. pág: 143.

¹⁰ Cfr. R. MENÉNDEZ PIDAL: *La España del Cid*. Madrid, 1969, pág: 288.

tectorado» al que habían aspirado desde tiempo atrás los reyes de Navarra, de Castilla y los condes de Barcelona.

4. INTENTO DE ACERCAMIENTO AL REY ALFONSO VI

A pesar de la ayuda prestada al reino taifa, el Cid deseaba atender los intereses del rey castellano. En 1082 tuvo lugar un suceso que estuvo a punto de reconciliar al Cid con el rey Alfonso VI. El motivo fue la rebelión que se produjo en RUEDA, situada a 35 km. de Zaragoza, en una vega fertilizada por el río Jalón, promovida por su alcalde, Abulfalac, y el ex-rey de Lérida, al-Muzaffar, que se encontraba prisionero en el castillo de este lugar, contra el rey de Zaragoza, al-Mu'tamin. Los sublevados solicitaron ayuda al rey castellano quien acudió presto a socorrerles, pues desde hacía tiempo deseaba reanudar sus batallas en aquel lugar.

Mientras esto sucedía, se produjo la inesperada muerte de al-Muzaffar, por lo que el alcalde de Rueda, al faltarle el individuo de la familia real que daba título a su rebeldía, no tenía ya motivo para mantener la rebelión y su deseo no era otro sino ponerse al servicio de al-Mu'tamin. Por tal motivo, tendió una trampa al rey Alfonso VI, a quien con el pretexto de hacerle entrega del castillo le hizo acudir al recinto, manifestándole el deseo de entregárselo. Alfonso se dejó persuadir y cuando se presentó ante Rueda, no quiso entrar el primero sino que mandó delante al conde Gonzalo Salvadores y al infante Ramiro con sus huestes. Éstos al atravesar los umbrales del castillo se vieron atacados por una guarnición que les arrojaba piedras. Y allí cayeron muertos estos caballeros y otros muchos magnates bajo una lluvia de piedras el 6 de enero de 1083. El rey Alfonso pudo escapar de esta matanza, pero se volvió a su campamento furioso y lleno de dolor.

Cuando el Cid que se encontraba en TUDELA, supo lo que le había sucedido al rey castellano, corrió con su gente a su lado, a pesar de estar desterrado y de que el rey de Zaragoza pudiera enfadarse por ello. El Cid se apresuró a presentarse ante su rey con el fin de disculparse de lo que había ocurrido y de volver a su servicio. Este hecho motivó, según refiere Ramón Menéndez Pidal, que el rey Alfonso VI le propusiera regresar con él a Castilla, lo que el Cid aceptó de buen grado a pesar de la buena situación de que disfrutaba en la corte de Zaragoza. No obstante, poco tiempo después el Cid advirtió un cambio en la actitud del monar-

ca por lo que decidió no emprender el viaje de regreso a su tierra y optó por volver, de nuevo, a Zaragoza para ofrecer sus servicios al soberano hudí. Otras fuentes refieren que después que Alfonso VI logró escapar de la emboscada que le habían tendido, no recibió con agrado al Cid, cuando éste acudió ante él para disculparse y hacerle saber que no había participado en este suceso¹¹.

5. DE NUEVO AL SERVICIO DEL REY DE ZARAGOZA

Continuando al servicio del rey de Zaragoza, el Cid emprende nuevas campañas por tierras aragonesas. Sobre las actividades militares que el Cid siguió desempeñando en el reino hudí no nos hablan las crónicas árabes, por lo que los conocimientos que de ellas tenemos son los proporcionados por las fuentes cristianas.

Por entonces, el rey de Aragón, Sancho Ramírez dio un gran avance en su reconquista por la Marca Superior, pero el Cid no intervino nunca directamente contra este rey, salvo cuando el monarca cristiano acudió a ayudar a su aliado, al-Mundir, rey de Lérida, como ocurrió en 1084, cuando el Cid prosiguiendo sus cabalgadas atacó *Morella*, fortaleza importante al suroeste de Tortosa, perteneciente al señor de Lérida, donde tuvo lugar una importante batalla, el 14 de agosto, ante la negativa del Cid de abandonar las tierras de al-Mundir. Nuevamente, Rodrigo Díaz, a pesar de lo inexpugnable del terreno y de la dificultad que suponía luchar en este lugar, obtuvo una importante victoria en la que capturó a más de dos mil prisioneros, pero que, al igual que en otras ocasiones, pronto los liberó, pues sólo retuvo junto a él a diez y seis hombres ilustres con los cuales se dirigió a Zaragoza donde fue recibido con mucho entusiasmo.

Esta importante victoria que además trajo consigo la obtención de importantes riquezas, así como la captura de ilustres personajes castellanos entre los que figuraban, el obispo de Roda; Iñigo Sánchez, señor de Monclus; Blasco Garcés; los señores de Buil y de Alquézar, etc... motivó que el rey al-Mu'tamin acompañado de sus hijos y de los hombres más notables del reino y numerosos vecinos de Zaragoza, salieran hasta la villa de Fuentes al encuentro del Cid para rendirle una calurosa acogida. Además, con este solemne recibimiento, trataba de poner de relieve la importancia que tenían para alcanzar sus objetivos militares las hues-

¹¹ Cfr. M^a J. VIGUERA, op. cit. pág: 164.

tes castellanas y justificaba, en cierta medida, el elevado coste de su mantenimiento. El Cid, en definitiva, se había hecho indispensable. Esta victoria es recordada por Ibn Bassām como una de las más importantes en la que el Cid no contando con demasiados caballeros infringió una dura derrota a los ejércitos enemigos, a pesar de que en otro lugar de su obra, no duda en calificarle de «*perro gallego*» y de describirle como un hombre ávido de crueldad. Sin embargo, Ibn Bassām, a pesar de su sentimiento de odio, escribe un magnífico elogio del caudillo enemigo, a quien mira como «*verdadero prodigio del creador*»¹².

Desde aquel tiempo, agosto de 1084, y durante unos años, no sabemos nada sobre la actividad que ocupó al Cid. La *Historia Roderici*, dice que vivió en Zaragoza hasta el año 1085 en el que murió al-Mu'tamin y que continuó aún, un tiempo más, durante el reinado de su hijo y sucesor, al-MUSTA'IN II, (1085-1110) manteniendo el «*máximo honor y la máxima veneración*» en que era tenido. Pues al-Musta'in, al igual que hizo su padre, siguió respaldando a Rodrigo y así permaneció durante nueve meses más. Sin duda, el renombre de El Cid, en esta época, fue oscurecido, sin duda, por las grandes actividades de Alfonso VI, por una parte, y por la intervención almorávide, por otra.

6. RECONCILIACIÓN CON EL REY ALFONSO VI

Durante los años 1085 y 1086 el rey Alfonso VI obtuvo sus más renombrados éxitos. Recordemos que en mayo de 1085, Toledo se rinde, y esto supuso un duro golpe para los musulmanes que vivían en al-Andalus, mucho más fuerte que lo había sido el de Barbastro (1064); por lo cual los reyes de taifas olvidando las diferencias existentes entre ellos, llamaron en su ayuda al emir Yūsuf ibn Tāšufin jefe de los Almorávides que residía en el norte de África. Esta fue la causa determinante de que los Almorávides intervinieran en al-Andalus y se apoderaran de esta tierra poco después.

Basta recordar los versos del poeta Ibn al-Gassal para darse cuenta de la alarma y la situación desesperada de los reyes de taifas después de la toma de Toledo:

¡Oh gente de al-Andalus! ¡Aguijad vuestras monturas!, porque el permanecer aquí es un error; — la ropa se deshilachaba (primero) por los bordes y veo que la

¹² Cfr. R. MENÉNDEZ PIDAL, op. cit, pág. 4.

ropa de la Península se deshilachaba por el medio.— Nosostros estamos entre un enemigo que no se nos aparta ¿Cómo vivir con la serpiente en su cesto?

También a comienzos de 1085 el rey castellano se dirigió a Zaragoza con el deseo de tomar la ciudad, por lo que el Cid, que no deseaba enfrentarse a su rey, le ofreció sus servicios de igual forma que lo había hecho en Rueda, pues siempre estuvo deseoso de recobrar un puesto junto a su soberano, pero en este momento tampoco tuvo éxito y hubo de continuar desterrado hasta 1086, cuando, después de celebrada la batalla de Zalaca en la que los cristianos fueron derrotados por los ejércitos almorávides, el rey Alfonso ofreció su reconciliación al Cid y le concedió, de nuevo, el favor regio, acogiéndole en Toledo como vasallo y concediéndole, en cuanto tal, en «*prestimonio u honor*» varios poblados y castillos.

Poco tiempo duró la reconciliación entre el Cid y Alfonso VI, ya que el monarca, bajo el pretexto de que su vasallo no había acudido, desde Requena, cuando le demandó sus servicios para que acudiese a socorrerle en Aledo, acusándole de no ser «*vasallo fiel*», sino traidor, ordena su *segundo destierro* de un modo mucho más severo que el primero en el que fue acusado de «malquerencia del rey»; en esta ocasión, el Cid es acusado de conspirar contra la vida del rey y es desterrado a pesar del éxito obtenido por el Cid para lograr la sumisión de Albarracín, Valencia y Alpuente en nombre de Alfonso VI.

7. ÚLTIMOS AÑOS DE SU DESTIERRO. LA TOMA DE VALENCIA

En esta situación, el Campeador se encuentra sólo y rodeado de numerosos enemigos. Además, por fidelidad al rey castellano, se había enemistado con su antiguo aliado el rey de Zaragoza. Es por ello por lo que decide ir hacia Levante y asegurarse para sí las recién sometidas *tierras levantinas* y mantenerlas ahora por su propia cuenta, sin apoyo de nadie, pero también sin el compromiso de ser vasallo de nadie.

En 1089, desde Elche, el Cid comienza a guerrear contra su antiguo enemigo, el rey de Lérida, y ataca el castillo y la caverna de Polop, próximo a Dénia, donde se hallaba el rey musulmán, y reedificó el castillo de Ondarra, desde donde mandó sus algaradas por tierras levantinas desde Játiva a Orihuela, obteniendo un cuantioso botín. Aceptando la petición de paz de Mundir, el Cid abandona Dénia.

Por otra parte, al-Qādir, rey de Valencia, al tener noticias de este acuerdo de paz, solicita la amistad del Cid enviándole cuantiosos regalos, como lo hicieron, asimismo, los alcaides de los castillos que acudieron al Cid ofreciéndole sus tributos y bienes. De esta forma, el Cid estaba suplantando a sus «protectores», el conde Berenguer de Barcelona y el rey Alfonso de León y Castilla.

Por entonces se dejaba sentir la presencia de los Almorávides, quienes desde el norte de África, acudieron en ayuda de los reyes de taifas. En el año 1091, todo el valle del Guadalquivir quedaba sometido al poder almorávid. Su avance sólo había de ser detenido por el Cid que se había erigido en protector y casi en señor de algunos pequeños reinos musulmanes del Levante.

La influencia que el Cid ejercía sobre el rey de Valencia, al-Qādir, era notoria y ello provocó un cierto malestar entre algunos musulmanes de la ciudad quienes manifestaron su desagrado por la relación que su rey mantenía con los cristianos, considerando además que el Cid se entrometía en cuestiones de la ciudad, llegaron a considerar positiva la llegada de los almorávides¹³.

En este sentido, cuenta la *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas* que cuando al-Qādir tomó posesión de Valencia *introdujo en ella innovaciones reprobables, alteró sentencias y realizó muchas acciones vituperables. Era amigo de Alfonso... como consecuencia las gentes de Valencia tuvieron miedo de que él cediese a Alfonso la posesión de la ciudad al igual que lo había puesto en posesión de Toledo... y resolvieron matarlo*¹⁴.

El ejército almorávid en su camino hacia Valencia, se apodera de Denia, Játiva y Alcira. Ante este avance, el rey al-Qādir huyó pero siendo localizado en su refugio, fue asesinado. Enterado el Cid de lo sucedido se irritó, según cuenta *Ibn al-Kardabūs*: «*porque consideraba Valencia en su vasallaje, habida cuenta que al-Qādir le daba un tributo anual de cien mil dinares*». Entonces salió de Zaragoza, donde llevaba varios meses realizando incursiones por la Rioja y se dirigió a Valencia, y *la asedió durante un período de veinte meses, hasta que entró en ella a viva fuerza, tras sufrir sus gentes en ese plazo lo que una perso-*

¹³ Cfr. J. BOSCH VILA, *Los Almorávides*, Granada, 1990, págs.154-155.

¹⁴ Cfr. CRÓNICA ANÓNIMA DE LOS REYES DE TAI FAS, Intr, trad. y notas de F. MAÍLLO SALGADO, pág. 50.

*na de hambre y adversidad no puede soportar, hasta tal punto que una rata llegó (a costar) entre ellos un dinar*¹⁵.

En la *Crónica Anónima* encontramos descrito con cierto detalle la toma de Valencia por el Cid: *uno de los condes cristianos, a quien se le llamaba al-Kanbayatur (el Campeador), cuyo significado es «el señor del Campo, y cuyo nombre verdadero era Ludriq (Rodrigo), lanzó una incursión contra el cadí Ibn Yahhaf, que se había apoderado de Valencia, después que huyó al-Qādir, entonces la oprimió con intensa opresión y la sometió a fuerte asedio. Le cortó los aprovisionamientos, emplazó almajaneques y horadó sus muros. Los habitantes, privados de víveres, comieron ratas, perros y carroña; hasta el punto que la gente comió gente, pues a quien de entre ellos moría se lo comían, Las gentes, en fin, llegaron a sufrimientos tales que no podían soportar.*

Los historiadores árabes han destacado el proceder del Cid contra el cadí Ibn Ŷahḥāf. Ibn Bassām destaca su crueldad con la mujer y las hijas del cadí valenciano. Por su parte, el valenciano Ibn Alqama que había presenciado el asedio y la dominación de Valencia escribió una minuciosa descripción de lo sucedido y cuenta como ante la negativa de Ibn Ŷahḥāf a entregarle el tesoro al Cid, este ordenó someterle a tormento: *se le aplicó una intensa tortura y acto seguido (el Campeador) dio unas órdenes. Acopióse entonces de abundante leña y se hizo un agujero en el que Ŷahḥāf fue metido; se dispuso la leña en torno suyo y se le dio de fuego.* Asimismo, José Antonio Conde en su *Hª de los árabes en España*, 1820, siguiendo a un historiador árabe, pone de relieve la crueldad del Cid que quiso quemar también a la mujer e hijos del cadí.

Ibn Alqama al escribir su obra *«Elocuencia de la gran calamidad»* quiere poner de relieve, también, que el sufrimiento de Valencia fue debido a la impiedad de sus gobernantes, quienes cobraron al pueblo tributos ilícitos, no prescritos en el Corán, y establecieron alianzas con un enemigo de la fe, como lo era el Cid, en lugar de aliarse con los Almorávides¹⁶.

Conquistada Valencia, el Cid mantuvo a los musulmanes en posesión de sus heredades, exigiéndoles únicamente el diezmo permitido por el Corán, pero su presencia en el gobierno de la ciudad supuso un gran triunfo para la España cris-

¹⁵ Cfr. IBN AL-KARDABŪS, est. trad. y notas de F. MAÍLLO SALGADO, Madrid, 2ªed. 1993, pág. 127.

¹⁶ Cfr. R. MENÉNDEZ PIDAL, op., cit. págs: 3 y 4. Y CRÓNIMA ANÓNIMA, op. cit. págs. 52-53.

tiana; no obstante Valencia con sus huertas adyacentes, constituía en opinión de R. Fletcher, una isla en medio de un territorio enemigo, de igual manera que durante la Primera Cruzada, lo fueron Edessa, Antioquía y Jerusalén, después de ser conquistadas por los cruzados en 1098-1099¹⁷.

8. OPINIÓN DE LOS HISTORIADORES ÁRABES

Como hemos visto, el Cid ocupó de forma muy variada la atención de los que vivieron en su tiempo. Todos nos han dejado su visión, por lo que el concepto que de El Cid se forman los historiadores, posteriormente, variará mucho según la época.

Acabamos de citar la opinión de IBN ALQAMA, quien hacia el año 1110, escribió una detallada relación de lo sucedido en Valencia, y expuso que si bien era verdad que el Cid se mostró moderado para con los vencidos, este proceder era debido únicamente por su *astucia y falsía*. Ibn Alqama pinta al Cid como hombre *codicioso* « *grande al prometer y chico al cumplir* ». El relato de este historiador, nimio y detallista es de gran valor, pero desgraciadamente sólo se conserva traducido e incompleto en crónicas castellanas de los siglos XIII y XIV.

La Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso X «El Sabio», redactada en el siglo XIII, recoge crónicas de Ibn Alqama. En opinión del historiador holandés, R. Dozy que escribió su obra histórica a mediados del siglo XIX, fue el propio Alfonso X quien, en odio a la nobleza que lo destronó, tradujo él mismo el relato árabe de Ibn Alqama, poco halagüeño al Cid, y lo tradujo literalmente, incorporándolo a la crónica, a fin de denigrar así del modo más auténtico posible al representante ideal de la nobleza castellana. No obstante, esta suposición no es admitida por Ramón Menéndez Pidal quien no aprecia ninguna intención especial en la obra de Alfonso X.

Por su parte, AL-KARDABŪS refiere, asimismo, que la descomposición social que se produjo en al-Andalus en aquel tiempo fue una consecuencia de que muchos musulmanes malvados, viles, perversos y corrompidos, a los que se llamó «*dawa'ir*», siguieron al Cid y a otros jefes cristianos y apostaron del Islam y rechazaron la ley del Profeta.

¹⁷ Cfr. R. FLETCHER, *El Cid*, 1989, pág: 184.

También el historiador portugués, IBN BASSĀM que escribió «*Tesoro sobre la excelencia de los españoles*», en su tomo III, escrito en 1101, al hacer referencia a Ibn Tahir, el ex-rey de Murcia que, por entonces, vivía en Valencia, refiere, como hemos señalado, la crueldad del Cid con la mujer e hijas del cadí valenciano ajusticiado, y hace referencia al Cid de esta manera: «... *ese Cid que asoló de la manera más cruel una provincia de su patria; ese aventurero cuyos soldados pertenecían en gran parte a la hez de la sociedad musulmana, y que combatió como verdadero mercenario, ora por Cristo, ora por la Mahoma, preocupado únicamente por el sueldo que había de percibir y del botín que podía pillar*»... A pesar de todo, Ibn Bassām, llega a redactar, un magnífico elogio del caudillo enemigo, a quien mira como «un verdadero prodigio del creador».

Para los historiadores árabes, a pesar de reconocer sus buenas cualidades militares, el Cid no fue un personaje admirado, antes bien, fue el causante de muchos males por lo que aluden a él empleando estos términos: «*el campeador que Alá maldiga*» o «*el infiel perro gallego*»¹⁸. Los historiadores árabes son hostiles y malevolentes, en ellos comienza lo que Ramón Menéndez Pidal denomina la «*cidofobia*», pero bien es verdad, que sin ellos desconoceríamos la mayor parte de datos para la biografía del Cid, y gracias a Ibn Bassām conocemos un poco más la figura de este gran personaje.

Es más, frente a la historiografía cristiana, caracterizada por su laconismo, su narración de sucesos y su aridez, los historiadores árabes son precisos en la cronología, ofrecen abundantes datos y dan pormenores de lo sucedido, y fijan su atención en los personajes secundarios, mostrando, en todo, un poder de visión mucho más profundo. Recordemos que fue en el siglo XIX cuando comienzan a aparecer las primeras obras de arabistas dándonos a conocer las obras de estos historiadores medievales. Así por ejemplo, en 1920 José Antonio Conde publica su *Historia de los Árabes en España*, donde sacó a la luz el pasaje de Ibn Bassām relativo al ex-rey de Murcia.

No hay duda de que la personalidad de Rodrigo Díaz de Vivar ha constituido un tema de estudio para un amplio grupo de investigadores cuyas opiniones, aquí hemos recogido la de algunos historiadores musulmanes, han sido sumamente dispares. Citaré simplemente como muestra de ello, la opinión del historiador alemán, Aschbach quien creyendo fabulosa la *Historia Roderici*, había sos-

¹⁸ Así aparece en la *Histoire d' Espagne* de Romey, 1839.

tenido, hasta que conoció la obra de J.A. Conde, que la conquista de Valencia por el Cid no era sino una ficción de los españoles para competir con la conquista de Jerusalén por Godofredo de Bouillón, pero en 1843 se retracta y reconoce que los testimonios árabes publicados por José Antonio Conde, evidencia que la conquista de Valencia había sido un hecho cierto.

9. CONCLUSIÓN

En suma, encontramos que el Cid después que sirvió a los reyes de Zaragoza no peleó al servicio de ningún otro rey musulmán, ni reconoció más señor que al rey de Castilla, cuando éste quiso tenerle como vasallo, hasta que murió en 1099.

Recordemos que El Cid al igual que otros muchos soldados cristianos estuvo al servicio de los reyes musulmanes, pero él gracias al azar y a su propia destreza supo sacar provecho de las oportunidades que se le presentaron. Sin duda, como dice IBN BASSĀM, «los Banū Hūd le habían sacado de las tinieblas, en las que su rey le había metido».

No obstante, Rodrigo Díaz de Vivar había logrado, por éxito, mucho prestigio sobre los soldados musulmanes del ejército de al-Mu'tamin que luchaban bajo su mando; y tal vez, estos soldados para halagarle le denominaron «SĪDĪ», forma hispánica del árabe «SAYYIDĪ», que significa «MI SEÑOR», y que pasó al castellano bajo la forma de «Mio Cid»¹⁹.

Pero bien es cierto, como dijo el poeta que:

Aquél que ciñó la espada en hora afortunada triunfó, tanto al servicio de cristianos como de musulmanes.

¹⁹ Véase acerca de este sobrenombre GALMÉS DE FUENTES, A.: *La épica románica y la tradición árabe*. Madrid. Gredos, 2002, págs: 142-149.